

Los perros del paraíso de Abel Posse

A. Las unidades semánticas.

A.1 Organización gráfica.

La novela está dividida en cuatro partes: El Aire, El Fuego, El Agua, y La Tierra. Cada una de ellas aparece encabezada por una particular cronología. Para tratar la organización gráfica de la obra, vamos a hacer un estudio de cada uno de los capítulos, a fin de dilucidar la relación existente entre la formalización de la estructura de la obra y su contenido semántico.

El Aire

La cronología que encabeza este capítulo va desde 1461 a 1649. Las fechas elegidas como límites no se corresponden con hechos históricos puntuales —que luego habrían de ficcionalizarse— sino que refieren acontecimientos o instancias que por su fuerte contenido simbólico o ideológico, anuncian los cauces elegidos por el autor para la traducción literaria de un hecho histórico: el descubrimiento de América.

Baste como ejemplo:

«1469 - En un clima de deliciosa lujuria adolescente Isabel y Fernando de Aragón se amanceban por Iglesia el 18 de noviembre. Los fidelísimos SS. Nace el Imperio donde nunca se pondrá el sol»¹.

La referida cronología funciona también como una suerte de anticipo o resumen de los hechos que van a narrarse. Intercalada con las fechas que corresponden al calendario occidental, aparece una fecha que pertenece al calendario de los indios americanos:

«2-Casa Fracaso de las reuniones incaico-aztecas en Tlatelolco. Abstención de crear una flota para invadir "Las tierras frías del Oriente". Globos aerostáticos de los incas. Pampa de Nazca- Düsseldorf»².

¹ POSSE, Abel *Los Perros del Paraíso*. Bs.As., Emecé, 1987. pág. 10.

² op.cit.pág.10

Como se puede observar, por un lado se introduce así el mundo americano y sus códigos —el calendario—, y por otro, se patentiza ya una clara interferencia entre ambos continentes.

Internamente, el capítulo se fracciona por intermitentes espacios en blanco, que en ocasiones son utilizados para trasladar el foco de la narración dentro de la misma España; y en otras, para funcionalizar un contrapunto geográfico con lo que simultáneamente sucede en América. El movimiento marcado por este fraccionamiento gráfico no sólo se da en el plano espacial, sino también en el eje temporal, ya que nos remite a distintos momentos de la vida del Almirante, su niñez y adolescencia.

El Fuego

El Segundo Capítulo, según la cronología que lo encabeza, abarca desde «1476 Colón en Portugal. Casamiento. Su último intento para huir de la excepcionalidad. La secta y la pasión del Paraíso», hasta «1488 9 de abril. Panorgasmo de Colón. Queda sellado con Isabel de Castilla el acuerdo de la secretísima secta del Paraíso»³.

Al igual que en la cronología que corresponde al Primer Capítulo, en la presente también se intercala una fecha del calendario inca «4-Calli», y se continúa hasta el final de la novela con el contrapunto espacio-temporal ya señalado.

El Agua

En este capítulo, los hechos anunciados por la cronología toman un especial interés. La primera fecha «1492-1502 Una partida que durará diez años...»⁴, refleja la unicidad temporal que el autor imprime a las distintas instancias —viajes— que implica el ingreso de América en el mundo conocido. La última fecha elegida, 1498, «el omphalos del mundo»⁵ es para el autor el momento en que el hombre, Colón, un elegido, entra en contacto con el Paraíso Terrenal. Observemos por ahora, que la fecha elegida no se corresponde con el descubrimiento. Más adelante veremos a qué clave nos remite dicho juego temporal.

La Tierra

Este último capítulo comienza en 1498 «Llegaron los dioses barbados y transmarinos»⁶ y finaliza en el año 1500, con una rotunda metáfora que no deja lugar a dudas sobre el fin, no de la novela, sino de un mundo:

³ op.cit.pág.62

⁴ op.cit.pág.126

⁵ op.cit.pág.126

⁶ op.cit.pág.194

«La muerte vuelve a Castilla. El fin de la Secta. Fernando firma la orden de captura del almirante. Rebelión de los perros. Colón en cadenas. Las Puertas del Este desmontadas y enviadas a la Universidad Católica de Bruselas»⁷.

También en esta cronología se intercala una fecha del calendario indio, pero a esta altura de la obra, como comprobaremos más adelante, la contradictoria y compleja fusión de ambos mundos se encuentra claramente planteada.

A-2. Secuencias y funciones: Investimiento semántico.

Roland Barthes, en «Introducción al análisis estructural de los relatos»⁸ define a la secuencia «como una sucesión lógica de núcleos unidos entre sí por una relación de solidaridad, que se inicia cuando uno de sus términos no tiene antecedente solidario y se cierra cuando otro ya no tiene consecuente»⁹. Así entendida, podemos afirmar que en *Los perros...* hay una sucesión de secuencias diferenciadas gráficamente.

En cada una de ellas, con cierta linealidad cronológica, se van desarrollando contrapuntísticamente, distintas líneas narrativas que luego se fundirán con la llegada de Colón a América.

La primera secuencia carace de acciones y personajes. Es un sentimiento. Pose, en una parataxis por momentos febril, traza con enérgicas pinceladas, un fresco del Occidente imperial de mediados del Siglo XV:

«Entonces jadeaba el mundo, sin aire de vida. Abuso de agonía, hartura de muerte... El Valle de Lágrimas en su apogeo. Totentanz: la frenética hilera de jóvenes tomados de la mano iba enhebrando tumbas... El jadeo de Occidente se transformaba en estertor»¹⁰.

En otra secuencia, afinando el foco de la narración, la mirada se dirige a Castilla, con puntuales referencias «Siesta de junio. Un Aire de invisibles llamas disolviendo los montes de Castilla»¹¹. Aparecen entonces Isabel, puntal del terceto que, con Fernando de Aragón y Cristóbal Colón, servirá al autor como base para el desarrollo de esta vorágine espacio-temporal en que resuelve su particular visión del descubrimiento de América.

Desarrolladas en secuencias sucesivas aparece la niñez del joven Cristóbal «rubio y fuerte como un ángel»¹¹, donde vemos al descubridor cuando se prepara a vender a toda costa los determinantes que lo abocan a ser sastre, cardador, quesero o tabernero en la «Génova de los tende-

⁷ op.cit.pág.194

⁸ BARTHES, Roland. «Introducción al análisis estructural de los relatos» (en: *Análisis estructural del relato*. Argentina, Tiempo Contemporáneo, 1972)

⁹ BARTHES Roland. op.cit.pág. 25

¹⁰ POSSE, Abel. op.cit.pág.11

¹¹ op.cit.pág.13

ros»¹², después de que el cura Frisón despertara en él «la pasión, pena y nostalgia del paraíso»¹³. Asimismo, el lansquenete Ulrico Nietz «desertor de guerras perdidas por entusiastas conductores»¹⁴ ha «arribado» a las tierras soleadas donde florece el limonero»¹⁵ y deja su estimulante mensaje en la mente del Colón adolescente. El también participará lateralmente en la formidable empresa.

El primer capítulo se completa con la puesta en primer plano de los hombres de la América precolombina. La incorporación de la voz de estas culturas, la presencia de los que descubrieron a los descubridores, cobra una fuerte entidad. Posse organiza un contacto entre incas y aztecas que nunca existió en la realidad, pero que se hace posible cuando cinco siglos después, los tiempos se confunden y la cronología se pierde en una mucho más profunda urdimbre de símbolos.

El segundo capítulo se inicia con la secuencia correspondiente a la partida. La vasta documentación manejada por el autor no está puesta al servicio de una fidelidad obsecuente, sino que es manipulada hábilmente, configurando así una línea ideológica que atraviesa toda la novela. Posse busca lo sustancial: embarca en el primer viaje de Colón, que por otra parte dura diez años, a los más variados personajes: al Padre Las Casas, al fraile Valverde y «altares barrocos desarmables»¹⁶. No menos curiosos son los personajes que no logran embarcar:

«Por ahí anda el ex soldado manco que fue rechazado dos veces con su pretensión de ser enganchado como escribiente, y el loco francés que ayer pontificaba diciendo que la inteligencia es la cosa mejor repartida del mundo pero que lo que falta es método»¹⁷.

El contacto de Colón con América, «el Paraíso», determina los febriles derroteros del resto de la novela. La corte de España se conmueve en arduas discusiones teológico-económico-políticas sobre el Paraíso colombiano. En tanto Colón, promulga la ley de la desnudez y la «ordenanza de estar»¹⁸ que prohíbe el trabajo. Pero el europeo trae introyectada la violencia, y la sublime república comienza a degradarse. «Sin el mal las cosas carecían de sentido»¹⁹. Los curas deambulaban malhumorados, Las Casas se desazona en el Paraíso, «se resistía a aceptar una evidencia no literaria del Misterio»²⁰. En este estado, surge un hombre fuerte, Roldán. Habla de «Patria y dignidad»²¹ y con un golpe de estado, aniquila los

¹² op.cit.pág.25

¹³ op.cit.pág.26

¹⁴ op.cit.pág.22

¹⁵ op.cit.pág.22

¹⁶ op.cit.pág.34

¹⁷ op.cit.pág.137

¹⁸ op.cit.pág.194

¹⁹ op.cit.pág.218

²⁰ op.cit.pág.208

²¹ op.cit.pág.

débiles hilos que sostenían al mito. Un discurso «patético, nacionalista, previsible»²², apoyado por la jerarquía eclesiástica y subsidiado por la Banca San Giorgio, restablecen el orden imperial y configuran las coordenadas de una América que nace así para el futuro. Los perrillos invaden la ciudad y luego se retiran. Colón es arrestado y enviado al Viejo Mundo, dejando su Paraíso en manos de «corregidores y milicos como el palacio de la infancia tomado por lacayos que hubiesen sabido robarse las escopetas»²³.

Al partir engrillado, murmura: «—Purtroppo c'era il Paradiso...!»²⁴.

Ahora bien, correspondiendo con la secuenciación esbozada, podríamos totalizar la novela a partir del estudio de tres funciones que estructuran medularmente el relato: búsqueda-encuentro-derrota.

Europa agoniza, el Paraíso existe y hay que encontrarlo. Colón lo intuye, es un elegido. Dice su madre: «es de la raza de gigantes. Nada ni nadie podrá detenerlo»²⁵. Lo confirma Posse:

«El Almirante sintió todo el peso de su terrible responsabilidad. Toda la soledad de un cometido que superaba la mera ambición terrenal de los héroes más ambiciosos»²⁶.

«Sólo uno busca el Paraíso, todo los demás huyen del infierno. Se sintió agobiado por su privilegio»²⁷.

En ese Occidente jadeante y agónico, no sólo Colón busca el Paraíso. Isabel es su cómplice. La reina también es una elegida. Con un empeño obsesivo y casi patológico emprende sus empresas y logra sus fines. Así llega a sus bodas con Fernando. Siendo casi una niña, en esa corte «más herencia que actualidad»²⁸ despliega sus redes y ejerce su seducción con antigua sabiduría.

«Isabel se suele parar a veces con las piernas entreabiertas y se acaricia el pelo, con la cabeza echada hacia atrás. Le gusta que su grupa perfecta luzca levantada»²⁹.

Más adelante, la vemos ya en plena lucha por Fernando. El enlace se produce y el mundo se conmueve ante aquellas «conjunción de los adolescentes angelicales y salvajes»³⁰. Con ellos «se perdería ese letargo larval, esa garantía de aterrizado subdesarrollo, que había preservado a Europa de toda heroicidad durante ya, al menos, seis siglos...»³¹.

²² op.cit.pág.227

²³ op.cit.pág.253

²⁴ op.cit.pág.253

²⁵ op.cit.pág.22

²⁶ op.cit.pág.132

²⁷ op.cit.pág.133

²⁸ op.cit.pág.15

²⁹ op.cit.pág.14

³⁰ op.cit.pág.51

³¹ op.cit.pág.51

En la relación de Isabel con Fernando, aparece ya una especial modalización del autor, que más adelante trataremos puntualmente. La perfección en la relación física eleva al hombre a un plano supraterráneo, a la vez que confirma una condición sobrehumana:

«(Fernando e Isabel) habrán retornado a los corredores habitados orientados por el hondo predominio del ajo del guiso de la guardia, inconscientes de ser prácticamente irreconocibles por las magulladuras, moretones, rasguños. Angeles, desconocían la ruina de los sayales sucios y desechos»³².

Consumado el matrimonio y consolidado su omnímodo poder, «monta tanto tanto monta, Isabel como Fernando»³³, empieza otra conquista: «...conseguir nuevas tierras... invadir Francia, dominar el Papado con los Borja y por último adueñarse del mundo»³⁴.

Vienen los hijos, Juan la Loca «que no necesitó crecer mucho para mostrar su extraña y trágica naturaleza»³⁵, y el Infante Juan, que ya se muestra débil y enfermizo.

Finalmente, se consolida el dueto erótico-histórico que conmoverá los cimientos de Occidente todo. Isabel y Cristóbal se encuentran. Después de una danza, ambos buscadores convalidan el contacto:

«Colón había comprendido que aquel rito sellaba un gran acuerdo. ¡La Reina era su cómplice secreta en la secretísima aventura del Paraíso»³⁶.

Presentados ambos «buscadores», tratemos de llegar ahora a su objeto.

Isabel ya ha conseguido a Fernando. Con el desenfreno de un encarnizado erotismo, con su misma visceralidad, fluyen sus ansias de poder:

«—Todo por hacer! ¡El Mundo, la vida! ¡Hay que conquistar Francia, Portugal, Italia, Flandes! ¡Despedazar a los moros! ¡Los mares! ¡Los mares!»³⁷

Pero la tarea es ardua: espadas de hombres y celos de mujer son sus peores enemigos. Se siente sola en la empresa. Fernando que en algún momento destelló en su cama y compartió sus visiones, desde la coronación de Isabel «la sometería a la exasperada lujuria del despechado, del burlado»³⁸. La reina se siente sola, sabe que hay algo más, que su poder no será total si no lo consigue. Tampoco puede contar con la débil estirpe que la continúa.

³² op.cit.pág.55

³³ op.cit.pág.

³⁴ op.cit.pág.109

³⁵ op.cit.pág.115

³⁶ op.cit.pág.120

³⁷ op.cit.pág.56

³⁸ op.cit.pág.67

Colón, en cambio, sabe muy desde siempre qué es lo que busca. Ya en la primera secuencia nos dice el autor.

«(Occidente) necesitaba ángeles y superhombres. Nació con fuerza irresistible, la secta de los buscadores del Paraíso»⁴⁰.

Colón sabe que es un elegido. Siempre lo supo, pero su momento tarda en llegar. Siente que su vida pasa y no cumple la misión:

«Sobrevoló su largo ventenio de navegante y naufrago, de cartógrafo improvisado y de marido por interés...— Hasta entonces nada...— En todo caso quedaba a salvo su permanente tarea de investigador. Se habían consolidados sus intuiciones. Se sabía indiscutiblemente elegido para la Misión»⁴⁰.

Como se puede observar, no sólo la búsqueda del Paraíso está reservadas y oculta al común de los mortales, sino que también la intuición y certeza de su existencia es para unos pocos. Sólo los elegidos, «al Paraíso Terrenal no pueden llegar nadie, salvo por voluntad divina»⁴¹.

Independientemente de esa España que resurge febril y que Posse encarna en la «angélica» pareja de Isabel y Fernando; Colón y la Reina son en última instancia, los verdaderos iluminados, sólo ellos SABEN de la existencia del Paraíso. Y sólo ellos podrán encontrarlo.

La función encuentro, está totalmente a cargo del Almirante. El llega a América. Su otrora «nostalgia del Paraíso» se convierte en una realidad concreta y mensurable. El misterio se desvela, y a cada paso en estas nuevas tierras, Cristóbal lo confirma.

No es el grito de Tierra! el que confirma el contacto, es algo más profundo, que viene desde el principio de la historia. Es el hombre que vuelve a su origen y se reconoce en su mismidad. Es el hombre que recupera lo perdido, lo olvidado: su identidad en su principio: «Están en el omphalos»⁴².

Dicen en España:

«Es evidente que hay cierto aroma de Paraíso... Algunos detalles coinciden con la palabra de los Padres de la Iglesia»⁴³.

Dice Isabel, su «cómplice secreto»:

«—¿Acaso no esperamos durante todas nuestras vidas la liberación de las cadenas de lo terrenal? ¿No será que el Señor nos ha dado el supremo privilegio del retorno?...

³⁹ op.cit.pág.13

⁴⁰ op.cit.pág.71

⁴¹ op.cit.pág.190

⁴² op.cit.pág.192

⁴³ op.cit.pág.197

—Una vez que hay evidencias, tememos. En la crasa cotidianidad, buscamos. ¡No neguemos la presencia de Dios! ¡Haya grandeza! ¡Tierras más, tierras menos, qué importa! ¿No fenecen y se olvidan los imperios? ¡Coraje! ¡Eso os pido! Coraje para estar a la altura de la epifanía. ¡Amén!»⁴⁴.

Para el Almirante, las pruebas son concluyentes. Vive la plenitud de una certeza:

«Aves del paraíso, nunca vistas. ¿Cómo nombrarlas? Referirlas a las de España sería degradarlas al color sepia de los libros de ciencia»⁴⁵.

Y es en este punto donde historia y literatura se encuentran. Posse recurre al Diario de Colón, y lo cita textualmente:

«Había perros que jamás ladraron (curiosos perros mudos incapaces de creer que algo se pudiera robar). Había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. Árboles y frutas de muy maravilloso sabor. Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos. Ni frío ni caliente: los aires sabrosos y dulces. Grandes arboledas, las cuales eran muy frescas»⁴⁶.

Con la tercera función, derrota, se cumple la iniciática búsqueda. Colón creyó en el Paraíso. Lo encontró. Vivió en la certeza de lo Primero. Su ciclo no se cierra con un fracaso, había llegado al Origen. Pero estaba solo, y por eso es derrotado. No pudo vencer «el arrastre de gentes que no se podían acostumar a la beatitud del Paraíso después de siglos de bajeza»⁴⁷ «Preferían la pajamulta de la vida. Las modestas alegrías y frustraciones de lo cotidiano»⁴⁸.

En Castilla sobreviene la muerte. Primero, el Príncipe Juan; luego Isabel. Fernando pone a América, y al Almirante muy cerca del centro de su furia. Los hilos se tensan y rueda una cabeza.

El Almirante es conducido prisionero a España. Insistimos, no fracasó. Fue derrotado.

A partir de tal estructuración del relato, es dable confirmar que Abel Posse no sólo contrahistoria el Descubrimiento. Su intención de desvelar esa secreta intimidad de la historia, no se queda en una particular manipulación de los hechos, sino que, haciendo abstracción de puntuales referencias, articula la materia narrativa en aras de una compleja simbología.

De esa especial urdimbre de versiones y tergiversaciones entresaca una necesidad y una convicción. Colón es por sobre todo un hombre dispuesto a desvelar su origen. Pero también es un americano que necesi-

⁴⁴ op.cit.pág.199

⁴⁵ op.cit.pág.201

⁴⁶ op.cit.pág.203

⁴⁷ op.cit.pág.242

⁴⁸ op.cit.pág.242

ta recuperar lo perdido, reencontrar su principio para poder alzarse, de una vez por todas, en la total estatura de su única identidad.

A-3 TIEMPO

A.3.1 Tiempo del relato: ¿prolepsis histórica?

El relato es la forma literaria que estructura una historia y que con frecuencia altera la temporalidad de esa historia.

En la novela que nos ocupa, el tiempo no sólo presenta las alteraciones propias de toda realidad ficcionalizada literariamente, sino que aparece fuertemente distorsionado. Tales distorsiones, que intentaremos organizar y semantizar, van mucho más allá de transgresiones temporales, o, como las llama Genette, anisocronías.

En cierto sentido, podríamos hablar de una prolepsis histórica. Si entendemos con Genette que prolepsis es «toda maniobra narrativa consistente en volver a contar o evocar anticipadamente un hecho ulterior», e insertamos tal noción en el marco de un relato histórico, no resulta del todo gratuita la aseveración inicial. Veamos.

Con una cierta linealidad cronológica, en el sentido en que los hechos se van develando a partir fundamentalmente, de una relación causa-efecto (partida/viaje/descubrimiento/etc.), el autor nos hace llegar una versión, la propia, del descubrimiento de América. Ahora bien, jalonando ese relato y quebrando el orden ya apuntado, aparecen una serie de asociaciones que relacionan los hechos que se narran con sucesos, ideas y personajes de la más cercana actualidad. En casi todos los casos, dichas asociaciones conllevan una indiscutida impronta autoral y se corresponden con personales juicios epocales:

«Era un rabino independiente: no lo molestaban ni la ortodoxia ni las autoridades de la Diáspora. Su fuerte era la interpretación de los sueños, en el mercado, a un cequí. No sabía que era un pionero del lamentable psicoanálisis»⁴⁹

«(Isabel y Fernando) permanecieron horas inmovilizados ante el increíble tesoro de malsanas posibilidades. (La posibilidad puede ser paralizante; cuatrocientos cincuenta años después, Sartre lo dirá con patetismo y publicidad)»⁵⁰

«Pero en el rincón del eterno retorno de lo mismo casi invisible, el general Queipo de Llano con altas botas muy lustradas y planchadísimos breeches preside la comitiva de académicos y magistrados (¿Díaz Plaja? ¿El doctor Derisi? ¿Batistessa? ¿D'Ors?) La pedirán al Rey patrocinio y fondos para el Congreso de Cultura Hispánica de 1940»⁵¹

⁴⁹ op.cit.pág.39

⁵⁰ op.cit.pág.76

⁵¹ op.cit.pág.17

A.3.2 Tiempo del discurso: el autor en sus modalizaciones

Ahora bien, adónde nos conduce esta suerte de noria histórica que impone unicidad de sentido a hechos separados entre sí por un verdadero abismo temporal? Creemos que la relación de conexidad confirmable entre ellos, apunta a una identidad simbólica. Dicha identidad ratificaría una concepción circular del tiempo. Esta suerte de fatalismo, que se confirma en la inexorable presencia de determinadas constantes a lo largo de la historia, parece afirmar, así como declaraciones del propio autor:

«...la historia es vista no linealmente sino en forma circular, lo que parece ser una de las condenas de nuestro continente»⁵².

Si volvemos sobre el sentido de esta circularidad histórica en la cual los hechos se suceden bajo el irreversible signo de la fatalidad, la recreación o reinención de la historia en la novela, satisfaría una única instancia de conocimiento puntual, negando cualquier posibilidad de evolución, y resignando el papel del arte como articulador del cambio en tanto conocimiento. Este preocupante escepticismo se resuelve finalmente en una más compleja visión de la historia, develada por Posse en otras declaraciones:

«La idea de circularidad implica la idea de repetición fatal. Yo en cambio, tengo una visión de la circularidad de la historia que tal vez sea de la mitología americana, en el sentido de que esa repetición es siempre ascendente, en forma espiralada. El espiral no se cierra, sino que se va abriendo hacia nuevas posibilidades, aunque se repitan ciertos ritmos, que son los de la eterna condición humana, y la determinante fundamental del planeta donde habitamos»⁵³

«La historia es una historia que del pasado pasa a ser compresente. En ese sentido la historia deja de ser un ente en sí misma, y pasa a integrarse en una significación actuante...- Para eso, el juego literario consiste en hacer referencias continuas por medio del sistema de un solo tiempo, con inclusión de alteraciones temporales, para hacer la unificación. De esa conciencia histórica de quiebra, de enfermedad, de inmadurez, pasamos a la conciencia de la actualidad en que todas las consecuencias están vigentes»⁵⁴.

A.3.2.1. Posse y el discurso de la historia

Tratamiento aparte merece la propuesta que desde un proyecto histórico actualiza el discurso de Posse, y su relación con el discurso de la historia.

⁵² POSSE, Abel. «Un buceo a «contra-historia» hacia la intimidad de lo real» (en: La Prensa - Bs.As., 27/3/88)

⁵³ POSSE Abel. Entrevista personal, Octubre 1988

⁵⁴ POSSE, Abel. «Conversación con Abel Posse» (en Papeles para el diálogo - N.º 1 - Caracas - 1988)

En el relato de la vida de los Reyes Católicos, Posse hace gala de una verdadera erudición, hábilmente entramada con la ficcionalización novelesca. También en el relato referente a la vida de los indígenas americanos Posse ejercita su imaginación sobre un fondo de veracidad histórica. Posse obviamente estudió minuciosamente no sólo la historia de los Reyes Católicos y de Cristóbal Colón, sino también los libros y documentos que hablan de nuestro pasado precolombino. Poseedor de ese sólido conocimiento, ensaya una reconstrucción novelesca de aquellos tiempos.

Antes de abordar las estrategias de esa suerte de contrahistoria propuesta por el novelista, confirmaremos en el texto mismo, su actitud hacia la «historia oficial»:

«Lo ocurrido a partir de entonces, en aquellas cuatro jornadas anteriores al matrimonio por civil, no ha sido detallado por la crónica. Los testigos juramentados, los SS, no dejaron traslucir detalles»⁵⁵

«El Reino se consolidaba apenas. Paralelamente, una guerra secreta, íntima, correspondía a la exterior, la que registraron los historiadores (sólo hay Historia de lo grandilocuente, lo visible, de actos que terminan en Catedrales y desfiles; por eso es tan banal el sentido de Historia que se construyó para consumo oficial)»⁵⁶

«No se tiene el detalle de las reuniones de las empresas financieras (muy poco de lo importante queda por escrito, de aquí la falsedad esencial de los historiadores)»⁵⁷.

«Resulta históricamente inexplicable la falta de decisión de Colón para quedarse en Gomera casándose con la viuda. No hay documentos. Los fracasos y los miedos no se confían a la posteridad»⁵⁸

Tal maniqueísmo, creemos, se plasma en aras de imprimir rotundidad a la dicotomía historia-conocida/historia por conocer. Sabemos por otra parte, que se historia mucho más que sólo aquello que termina en catedrales o desfiles.

Tal presentación del discurso histórico, es movida por una clara ideología:

«En los *Perros del Paraíso* traté de crear un lenguaje muy especial para jugar con la historia y desacralizarla, y al mismo tiempo, integrar la historiografía con seriedad: para volar hacia lo surreal pero desde una clave real. Los saltos son como de un trampolín hacia el delirio literario pero retornan a una lógica profunda, a veces hasta ideológica que es como un alma de la novela»⁵⁹.

Si consideramos por una parte, su sólido manejo de documentos y crónicas, y por otra, su sentimiento frente a la versión que la historia

⁵⁵ op.cit.pág.54

⁵⁶ op.cit.pág.66

⁵⁷ op.cit.pág.109

⁵⁸ op.cit.pág.159

⁵⁹ POSSE, Abel. «Conversación con Abel Posse» (en *Papeles para el diálogo* - N.º 1 - Caracas - 1988)

oficial impone de determinados hechos —en base a esos mismos documentos—, podemos afirmar que en el discurso que de la historia hace Abel Posse en *Los perros...*, confluyen dos cauces. Por un lado, esa intención de develar la secreta intimidad de la historia, cubriendo con l'imaginaire las lagunas sepultadas del pasado. Por el otro, un rotundo sentimiento desacralizador. Ambas vertientes apuntan a un único efecto: partiendo de lo real, surrealizar el pasado, desbrozando acusadoramente la versión oficial de los hechos, para articular una conciencia crítica del origen, y cimentar el camino hacia una lúcida madurez que resuelve las profundas contradicciones del presente.

A-4 EL ESPACIO

A.4.1 Dos mundos

La novela se funda en la temporalidad que le otorga su propia materia, las palabras, pues éstas se articulan y aprehenden en una sucesión que sólo es dable en el tiempo.

Sin embargo, el espacio es parte esencial de un texto. Adentrándose en el género, descubrimos que cada novela es portadora de un espacio propio, físico o metafísico. Pero cualquiera sea su cualidad, comprobamos que sólo existe en virtud del lenguaje. En la novela, el espacio es una creación verbal sin representación tangible e impregnado por la propia estructura de la novela.

Podemos afirmar que el espacio de la novela es un conjunto de relaciones entre los lugares, el medio, el decorado de la acción y los personajes que ésta presupone.

En la novela que nos ocupa, si bien el espacio en tanto naturaleza no supone un eje de fundamental articulación, considerado como el conjunto de relaciones ya mencionadas, aparece como portador de una casi maniquea simbología geográfica-cultural.

El relato se mueve en dos grandes espacios geográficos. Inevitable por otra parte, ya que la novela tematiza el descubrimiento de un ámbito geográfico que multiplicará y modificará sustancialmente el espacio físico hasta entonces conocido.

Estos dos mundos aparecen desigualmente tratados. Occidente símbolo de una cultura y una ideología, aparece descrito a partir fundamentalmente de sus monarcas, su corte y su iglesia. No obstante, una breve pintura de la corte española, en su hábitat casi doméstico, refuerza el tinte agónico que el autor imprime a la concepción que, del mundo occidental de fines del siglo XV sustenta en la novela:

«Pasan frente a la modesta panoplia real. Más herencia que actualidad: espada del rey-abuelo, ballestas de cuerda roída, intentos de mosquetones. Apolilladas cabezotas de jabalíes cazados más para reforzar la olla que para

imitar finuras borgoñolas o británicas.- El trono: un sillón de madera y cuero repujado, reforzado o moderado con una piel de tigre etíope. El rey Juan lo había usado hasta su muerte para comandar las sobremesas. Allí soñó extender Castilla, cruzar mares, anegar de fe los felices reinos moros del sur.- Eran los últimos restos de aquella España pobre...»⁶⁰.

Distinto es el tratamiento que merece América. Entendible por otra parte, ya que el nuevo espacio a introducir lleva en sí no sólo la pureza primigenia de la naturaleza no degradada, sino que importa ese espacio-origen que Posse propone como búsqueda y destino del hombre americano. América es un paraíso, perdido por robado, en el que el autor, en su personal cosmogonía, proyecta su propuesta histórica y filosófica.

«Aire dulcísimo, sol alto, mar fresco y salino. Sus olas corren suaves, se escurren y quiebran en una playa de arena blanquísima»⁶¹

«Orquídeas como los pájaros y los peces, pero con pintas de corbata de mafiosos o con sobrios decorados griegos. Mariposones que parecían nacidos de la corrupción de la paleta del Tintoretto; iban bartoleando entre las lianas y troncos ebrios o agobiados por el propio color... Arañas más que aterciopeladas, sedosas, como si se hubiesen criado de niñas en la cabellera de María Félix...»⁶²

No obstante, la situación espacial no se resuelve sólo en la bipolaridad ya marcada. Aparece un tercer espacio, otra América, producto de la ambición y violencia conquistadora:

«Los representantes financieros y los hombres de empresa pudieron impulsar el espíritu de creación nublado por la delicia paradisíaca y el consecuente dejarse estar.- El hacer retornó con furor demoníaco. La playa se transformó en un enloquecido papel... Las breves naguas fueron sustituidas por delantales de trabajo. Todas las locales, hasta las princesas, parecieron monjas o mucamas»⁶³

«La ojota fue sustituida por alpargatas. Las bellas plumas se exportaron masivamente para uso de bataclanas, diplomáticos y almirantes europeos. Se embotelló el agua de los manantiales y se vendió a precio de oro con receta médica...»⁶⁴

La naturaleza, otrora pasiva y complaciente, también se rebela en este tercer espacio:

«Las plantas, los grandes árboles, los tigres fueron quienes primero descubrieron la importura de los falsos dioses. Las familias de monos, tan neuróticos y vivos en sus reacciones, también comprendieron que los campesinos

⁶⁰ op.cit.pág.15

⁶¹ op.cit.pág.200

⁶² op.cit.pág.212

⁶³ op.cit.pág.229

⁶⁴ op.cit.pág.233

y los herreros hacían de su hoz y de su martillo, los instrumentos de un exterminio»⁶⁵

«Tan grave era la agresión que hasta los frívolos guacamayos y las aves del paraíso, hartos de que les robasen las plumas largas para adornar chambergos de espadachí italiano, emigraron hacia el interior renunciando al placer de dormirse escuchando el rumor del mar en la noche oscura»⁶⁶

El espacio americano es para Posse, la clave de su verdadera voz:

«Yo me volví americano en Perú, y de algún modo me hice europeo en Buenos Aires. En Perú encontré el verdadero lenguaje de América, y de mi país profundo.- Creo que habitamos un continente de dioses sepultados, y es el artista el buscador de esos dioses»⁶⁷

A.5 PERSONAJES

A.5.1 Colón: un elegido

Desde su presentación en escena, Colón aparece signado por multitud de indicios que lo señalan como un elegido, un súperhombre. A veces son los mismos personajes los encargados de transmitir esta condición. Cuando no, es Posse quien la reafirma. Dice su madre: «Inútil lo que le hagan, es de la raza de gigantes. Nada ni nadie podrá detenerlo»⁶⁸. Posse ratifica «La infancia del elegido...»⁶⁹

La característica ya apuntada, no se da sólo a través de específicas referencias, sino que el autor va jalonando sutilmente una serie de enigmas físicos que sólo se resuelven a partir de su condición de sobrenatural. Algo inquieta al lector desde un principio: Colón nunca se saca sus calcetines. Guarda celosamente su secreto. Recién sus pies ven la luz, cuando pisa suelo americano. La explicación es singular: Colón tiene unidos los dedos de los pies por membranas, como los palmípedos, como los peces. Su naturaleza anfibia, así conformada, es la prueba más irrefutable de su condición incorrupta y primigenia.

Otros rasgos físicos lo confirman:

«Al oxigenarse las enzimas de su frente y de su cara surgen destellos visibles en la noche cerrada (a veces como los de un faro intermitente, como esos que ponen los ingleses en la boca de sus puertos para guiar el pesado retorno de su flora de saqueadores y piratas). Sus detractores y enemigos dicen que se enciende por la luciferina que segrega su ser, rico en luciferasa...- A veces les llega a parecer una luciérnaga de proporciones atroces»⁷⁰

⁶⁵ op.cit.pág.235

⁶⁶ op.cit.pág.235

⁶⁷ POSSE, Abel. Entrevista personal - Bs.As., Octubre - 1988

⁶⁸ op.cit.pág.22

⁶⁹ op.cit.pág.25

⁷⁰ op.cit.pág.173

Trataremos de develar más adelante, el contenido de lo que hemos dado en llamar «erotisemas», por ahora baste con señalar que una especial situación de sexualidad y deseo son para Posse, rasgos propios de una naturaleza angélica y sobrehumana. Colón la posee. En su encuentro con la Bobadilla, con Felipe Moñiz, y luego con la misma Isabel —en esto disiente simpáticamente con Carpentier— con una jocundia muy poco usual en la narrativa lationamericana, Colón hace gala de una desbordante sexualidad.

Ahora bien, ningún personaje es tan sencillo como para permanecer igual a sí mismo durante todo el relato, por más atípicas y sobrenaturales que sean sus condiciones. Colón, el elegido de Posse y señalado por la naturaleza, una vez en tierra americana, también sufre transformaciones profundas. El otrora lúcido navegante, descendiente de la estirpe de Isaías, en una compartimentación cuasi esquizoide de su personalidad, deviene un individuo inexistente. Su tiempo ya no tiene horas, y carece de las más elementales reacciones. No sólo es un hombre que ya no pertenece a este mundo, también es una suerte de inconsciente, que ante hechos tales como la rebelión de Roldán, que en definitiva, significa la corrupción y pérdida del Paraíso, murmura: «—Ya pasará, ya pasará. Tutto finisce...»⁷¹

Si bien el autor justifica insistentemente la mansedumbre del Almirante, no podemos dejar de ver en él a una suerte de fantoche, enamorado de su propia alucinación y absolutamente incapaz de defenderla.

A.5.2 Isabel: La Reina también pierde su trono

Púber maquiavélica, consigue absolutamente todo lo que se propone, desde un hombre hasta una corte. Llega a ver al mundo en la palma de su mano. Enérgicamente, con el poder en bandolera, expulsa a moros y judíos. También en ella se confirma la ya apuntada sexualidad, propia de los elegidos. «Cómplice secreta en la secretísima aventura del Paraíso»⁷², asume con Cristóbal la empresa.

Ella lo intuyó, le dio el grado de Almirante, y lo defendió ante la corte. Nunca lo traicionó. Pero nada escapó a esta suerte de fatalismo anulador. Colón queda suspendido en un delirio estéril. Isabel pierde, con el tiempo, con la vida, ese tono exultante y lujurioso que hizo templar el suelo que pisaba:

«La aventura de los adolescentes terribles quedó decapitada. La piel se aflojó sobre el rostro de Isabel: esa misma tarde empezó su enfermedad, una terrible hidropesía. Dio la espalda al mundo y marchó hacia los parajes del más allá. Se aventuraría en la bruma helada, tanteando desesperada, para

⁷¹ op.cit.pág.241

⁷² op.cit.pág.

reencontrar, ya en el mundo de los muertos, el rostro del hijo amadísimo, el encantador príncipe Juan. Abandonaba para siempre la secta de los buscadores del Paraíso Terrenal»⁷³

A.5.3 Las vestiduras de Occidente

La corte española, y a través de ella las jerarquías occidentales, están tratadas por Posse con especial saña. En un guignol frenético y despiadado, rodeados por un escenario decadente y corrupto, aparecen los fantoches detentores del poder en el mundo occidental.

Más que nunca, se vuelve lícita la asociación con el esperpento velleinclinésco. Máscaras y fantoches son manipulados como marionetas y grafican fieramente una ideología y un sentimiento: el del autor frente a las instituciones que hormigueaban en nuestro origen.

Los movimientos de la corte adquieren por momentos, ribetes de sainete grotesco. Como ejemplo baste el banquete en honor de la Marquesa de Cabra.

Con especial interés están caricaturizados en su locura y pequeñez, Torquemada y la Beltraneja. En ambos encarna Posse a los culpables de un gran error histórico. El individual destello de Isabel no basta para compensar un descartable entorno de mediocridad e ignorancia.

A.5.4 Los ángeles americanos

Contrapuntísticamente con el banquete referido, se desarrolla una reunión entre incas y aztecas en suelo americano. Aparecen los hombres puros, conocedores de «lo abierto» y sin pecado «Sentían que desde los cuerpos también se agrada y se agasaja a los dioses»⁷⁴. Sin culpa, absolutamente libres en sus cuerpos y sus haceres.

No obstante, algunos indicios enturbian el edénico retrato:

«La solución final del problema solar, eso es realmente lo que querían los aztecas. Se dejaban aplastar por su excesiva fe: estaban demasiado convencidos de la sed de sus dioses que sólo beben sangre»⁷⁵.

«Creían exageradamente en los signos nefastos. No comprendían la diferencia entre símbolo y realidad...- Creían que la Tierra es un saurio dormitando plácidamente en el fango. ¡Ingenuos! No sabía que es un puma en el instante en que salta desde una sombra hacia una niebla»⁷⁶

Posse, casi desde un principio señala la mortal confusión de los indios americanos:

«Uno solo, un exaltado, dijo que sobre el mar, hacia Oriente, había visto las sombras de los tzitzimines, los demonios invasores, las furias, capaces de

⁷³ op.cit.pág.248

⁷⁴ op.cit.pág.61

⁷⁵ op.cit.pág.31

⁷⁶ op.cit.pág.32

quitar a los hombres del sagrado continuo del Origen. Pero nadie creyó. Privilegiaban excesivamente la metáfora»⁷⁷

Más tarde, en boca de la Bobadilla, se confirma el error:

«Tu mérito no será la originalidad, aunque sí la publicidad...Son tímidos, delicados, os lo advierto. Están condenados a perder el mundo por delicadeza»⁷⁸

Y lo pierden. Siguiendo la letal profecía de la Bobadilla, pierden su tierra, sus mujeres, sus hijos, lo abierto, y todos perdemos con ellos el Paraíso.

Ahora bien, si repasamos cada uno de los personajes de este gran fresco: Colón, Isabel y los indios americanos, vemos que cada uno de ellos, aun poseyendo intuiciones y certezas, a su modo y en su tierra, deja escapar el Paraíso. Colón, de confirmada naturaleza sobrehumana, es incapaz de comprender y defender, entre los hombres, y de este lado de «lo abierto», la permanencia del Paraíso en la tierra. Isabel, derrotada por la vida y el dolor, da la espalda al antiguo fulgor que iluminó su juventud. Y los indios, pobres, ingenuos indios, muy tarde ya, confirman que «habían incurrido en un lamentable error teológico al evaluar la naturaleza de los barbados transmarinos»⁷⁹.

El Paraíso existió, es la convicción de Posse. Redescubrirlo y poseerlo, su propuesta. Merecerlo, nuestro desafío.

B. SEMANTICA LITERARIA

B.1 Estrategias de la contrahistoria

En esta ficcionalización del descubrimiento, Posse despliega una serie de estrategias, que configuran lo que denominamos «contrahistoria». En un tiempo por momentos caótico, donde los órdenes naturales se trastuecan profundamente, donde los personajes danzan grotescamente en medio de la ignorancia y la mediocridad, el autor inserta un hecho que conmueve la historia desde sus cimientos mismos: el descubrimiento de América.

Tal decisión estética, la de contrahistoriar el descubrimiento, se articula a partir de una compleja relación de estrategias, que confluyen para lograr un único efecto de impotencia y desasosiego.

⁷⁷ op.cit.pág.83

⁷⁸ op.cit.pág.150

⁷⁹ op.cit.pág.236

B.1.1 Dejerarquización y desrealización.

Ambos rasgos aparecen rompiendo la tradición medieval de la estilización ennoblecedora. El autor se aplica con saña sobre cada uno de los estamentos sociales del Occidente de fines del siglo XV. En la «penumbrosa España medieval que huele a cirio de misa terminada, a último cirio apagado con la tos del sacritán tísico»⁸⁰, y una Génova «sólo atenta al rumor de los telares, las discretas astucias de las letras de cambio»⁸¹, pone en movimiento con clara intención ideológica, la caricatura que los personajes terminan siendo de sí mismos.

La Beltraneja, torpe y furibunda, adquiere ribetes de marioneta equivocada, siempre equivocada. Torquemada, se convierte en un ser de indefinida naturaleza, pero de seguro poder maléfico «era hijo de la noche y de la niebla. De vez en cuando una gota de sangre rodaba desde el cilicio por sus muslos helados y terminaba cosquillándole en el tobillo»⁸². Cuando no es en los personajes mismos, la dejerarquización se aboca a los objetos, portavoces y definidores de esos mismos personajes:

«En doble fila, inmóviles sobre el muelle, docena y media de virgencitas nuevas, con sus caritas de cera con una expresión entre obtusilla y picarona, como lavanderitas portuguesas el día de la comunión»⁸³

La cruel ironía, no perdona jerarquías. Aun los más humildes son sus víctimas:

«Eran continuamente observados por los macizos gallegos que de tanto en tanto asomaban sus capallos por los cortinazos y desaparecían»⁸⁴
«A Pérez de Cádiz, místico y zapatero, le regala un terrón de azúcar como a un caballo noble. El mismo se lo acerca al hocico»⁸⁵

B.1.2 Animismo. Jerarquización.

Contra poniéndose a la tendencia de dejerarquización ya apuntada, podemos señalar una suerte de animismo que jerarquiza, dotando de lucidez y conciencia a animales y plantas del suelo americano.

El mencionado animismo proviene de la leyenda nahuatl, y amén de señalar una legítima filiación, nos permite creer que la naturaleza americana fue la única que con sabiduría, resiste el despojo y mantiene sus paradisíacos fueros.

⁸⁰ op.cit.pág.17

⁸¹ op.cit.pág.25

⁸² op.cit.pág.99

⁸³ op.cit.pág.135

⁸⁴ op.cit.pág.151

⁸⁵ op.cit.pág.174

Con respecto a la animalización, se impone el análisis del título de la novela, cargado de complejos simbolismos que van más allá de una simple metáfora zoológica.

La novela está dedicada a Iván, hijo del autor, «que entre su alegría y su adiós»⁸⁶ le regala el título de la obra. Habida cuenta del animismo ya apuntado, es inevitable equiparar los perros con algún personaje o personajes de la novela. Pero no es tan fácil. Hay varios Perros en el paraíso: al llegar, en la edénica descripción de la nueva tierra que envía a la corte, observa el almirante «había perros que jamás ladraron (curiosos perros mudos incapaces de creer que algo se pudiera robar)»⁸⁷. En éstos, se encarna la primigenia ingenuidad de los naturales americanos.

Luego, con el pie en tierra, aparecen otros perros, mucho más peligrosos, por reales:

«La guardia de los galpones fue confiada a los perros, generalmente alanos alemanes. Eran implacables en la caza del fugado y para evitar movimientos sospechosos. Tomaron tal importancia que hasta se escribieron biografías de algunos de estos celosos guardianes del orden cristiano»⁸⁸

En la cita que antecede, Posse con una parquedad casi periodística, nos comunica hechos verídicos. La ficcionalización cede su lugar así, a una mucho más sangrienta realidad:

«El cronista Oviedo escribió así del perro Becerrillo destacando sus cualidades moralizadoras: Era ferocísimo lebel defensor de la fe católica y de la moral sexual, descuartizó más de doscientos indios por idólatras, sodomitas y por otros delitos abominables, habiéndose vuelto con los años muy goloso de carne humana»⁸⁹

Y por último, los indios. Ellos son los «perros del Paraíso» según la brutal descripción de los deslumbrados cronistas que veían zozobrar su precario universo. Estos mismos perros, que ya en el final de la novela, se organizan en una sorpresiva revuelta, «más resistencia pasiva que acción depredatoria»⁹⁰, «insignificantes, siempre ninguneados»⁹¹, no son los indios, sino lo que la conquista dejó de ellos.

El final de estos perrillos del Paraíso, no es menos patético y grotesco que su vida de conquistados:

«Desde entonces y para siempre los portadores de nostalgia se declararon en rebeldía por vía de la inacción. No se replegaron a lo inaccesible con el

⁸⁶ op.cit. Dedicatoria

⁸⁷ op.cit.pág.202

⁸⁸ op.cit.pág.237

⁸⁹ op.cit.pág.238

⁹⁰ op.cit.pág.251

⁹¹ op.cit.pág.252

orgullo de los jaguares ni a las altas ramas como los quetzales y las orquídeas más finas. Desde entonces merodearon por los campos y poblaciones silenciosos, desde México hasta la Patagonia»⁹²

Para Posse esos perros también son el símbolo de la caída, de la degradación del hombre americano. Superado el Imperio español, quedamos convertidos en una suerte de continente por nacer, nostálgicos y silenciosos.

B.1.3 Los erotisemas

Hemos dado en nominar así, a un particularísimo cauce que la ficcionalización de Posse elige para articular buena parte de la narración. Los episodios eróticos, numerosos, alucinados y casi rabelesianos, conllevan en sí mucho más que una intención escandalizadora y perversamente traviesa. Hemos apuntado ya que la especial sabiduría e imaginación que algunos personajes, como Colón e Isabel, imponen a su sexualidad, les confiere naturaleza cuasi angélica, elevándose sin duda por sobre el resto de los mortales.

A través del contacto erótico se comprueba también un profundo código de comunicación, que rebasa los cánones epocales y desborda sin miramientos de ninguna clase, la más actual y febril imaginación. Esta capacidad erótica configura asimismo, la condición de elegidos que permite a Colón e Isabel integrar la Secta de los Buscadores del Paraíso.

El erotismo es para Posse, «la llave central y cósmica del Universo»⁹³. El recuperar nuestra sensualidad, nuestra teoría del amor y del sexo, es despojarnos de otro padecimiento que el catolicismo imperial impone a nuestra poderosa y auténtica entidad.

B.1.4 La ironía y el esperpento valleinclanesco

Consideramos para nada gratuita la filiación comprobable en el texto, entre el esperpento valleinclanesco y la estética de Posse.

Ambos autores coinciden en un férreo escepticismo, que se conjuga, paradójicamente, con el más profundo de los dolores. Aquel, por su España desgarrada y trágica, éste por una América que ve enferma de muerte, sin aun haber nacido. Se hermanan también en esa risa sensual y dionisíaca, tan poco frecuente en las narrativas hispánicas. Con un humor tenaz, Valle defiende su secreta intimidad y espanta al lector medio, aniquilando muchos de los conceptos tradicionalmente considerados como respetables.

Abel Posse, con la más irreverente de las ironías, negando sistemática-

⁹² op.cit.pág.252/253

⁹³ POSSE, Abel. Entrevista personal. Bs.As., octubre 1988

mente la gracia del perdón a cada uno de sus personajes, no hace más que derramarse dolorosamente ante la impotencia y gratuidad del ultraje.

Ambos también se equiparan resolviendo esa cruel realidad, a partir de fantoches, hombres manejados por otros, sometidos a presiones políticas, víctimas de vicios e inclinaciones perversas. En la farsesca traducción de la realidad que ambos intentan, es dable comprobar una concepción de la vida y una estética con numerosos puntos en común.

Tanto Posse como Valle intentan desentrañar la compleja urdimbre de una realidad, señalando dolorosa y acusadoramente sus puntos enfermos y sus miembros muertos.

El esperpento valleinclanesco danza innegablemente en la prosa de Abel Posse. Sus desbordes, su sangrienta parodia, el imperdonable sarcasmo, reconocen en Don Ramón a su padre más legítimo.

Posse nos confirma:

«Pienso más en Valle Inclán... En la profundo me identifico más con escritores como él, escritores más pánicos, donde el lenguaje adquiere una dimensión casi rabelesiana, donde el tono de lo farsesco responde a un mecanismo escéptico, pero de conocimiento profundo. Hay una gravedad detrás de la farsa»⁹³

Y para clausurar el sentimiento que tal elección estética nos promueve, recordemos a Valle, en el prólogo a *Luces de Bohemia*:

«El esperpento es la realidad vista a través del espejo cóncavo de una lágrima»

C. Apuntes para una poética

C.1 Función de la literatura: importancia de la novela

Carpentier, en «Problemática de la actual novela lationamericana» afirma: «Los libros que conmueven al mundo... no son novelas; se titulan «El Contrato Social» o «El Capital»⁹⁴. Abel Posse, refiriéndose al tema, disiente con el novelista cubano. Nuestro autor cree en el poder fundacional de la novela. Ve en ella a la legitimación de la sensibilidad latinoamericana y a nuestra verdad.

Sin adherirse a las ya cíclicas partidas de defunción que se expiden para la novela, y en las antípodas de tal actitud, Posse ve en ella a la única residencia de la conciencia latinoamericana. Abel Posse afirma:

«Latinoamérica es un continente que debe nacer. Siento entonces que la función que está cumpliendo la novela lationamericana, es la más importan-

⁹⁴ CARPENTIER, Alejo. «Problemática de la actual novela latinomerciana» (en *Ensayos*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1984)

te en el mundo en este momento... No basta un mero continente para un ser. Yo creo que somos la primera generación que toma conciencia fuerte de América Latina, en particular de la Argentina. Y todos juntos estamos trabajando, en lo literario, esa especie de reflexión informal extraordinariamente creativa... Veo en el futuro a una América Latina fuerte, denunciándose frente al mundo como uno de los continentes primordiales»⁹⁵

C.2 La novela histórica como necesidad existencial

Si bien Posse insiste en afirmar que él no escribe «novela histórica»: «mis obras —afirma— son literatura histórica, pero mis novelas no son históricas. Son transhistóricas o ... pero de ningún modo históricas»⁹⁶, en la tematización que estructura la «Trilogía del descubrimiento» como el mismo autor ha dado en llamar a *Los perros...*, *Daimón* y —de próxima aparición— *Los heraldos negros*, se confirma una innegable búsqueda y uso de la historia.

Alexis Márquez Rodríguez señala a Arturo Usiar Pietri y a Alejo Carpentier, como introductores de una importantísima innovación en el esquema de la novela histórica. Ambos, Usar con *El camino del dorado* y Carpentier con *El reino de este mundo* invierten el orden en que la historia y la ficción habían figurado en el tradicional entramado de la novela histórica. Considera que ahora, lo histórico no sólo es el trasfondo referencial sobre el que se percibe una acción novelesca totalmente ficticia, sino que pasa a primer plano, donde lo ficticio da sostén y sentido novelesco a la narración, diferenciándola así de la crónica y la historia propiamente dicha. Considera que a partir de estos importantes cambios, en nuestra narrativa continental se produce un extraordinario desarrollo, de cuyo auge *Los perros del paraíso* es una excelente muestra.

La importancia de la búsqueda, cuestionamiento y clarificación del pasado americano, son para Posse, no una posición estática, sino una necesidad existencial. Para saber quiénes somos debemos estar seguros de dónde venimos. El narrador lationamericano debe develar el presente a partir de la multitud de complejas claves que le ofrece un pasado por recuperar. Sólo así, lo siente, América Latina podrá dejar de ser un continente por nacer, y desarrollarse en la plenitud de sus potencialidad.

«Por cierto, en mi libro he querido indagar por senderos del lenguaje y con figuras de fantasía, en la esencia de nuestra inmadurez. Busqué en el terceto de Isabel la Católica, Fernando de Aragón y Cristóbal Colón los orígenes de un sueño grandioso e imperial que está en la base de nuestras actuales desdichas e indefiniciones. He querido plasmar un encuentro de civilizaciones que comenzó con un intercambio de regalos y terminó en un genocidio y guerra de dioses. Traté de narrar cómo esas dignidades barbadas llegadas en

⁹⁵ POSSE, Abel. Entrevista personal, Bs.As., octubre 1988

⁹⁶ POSSE, Abel. «Conversación con Abel Posse» (en Papeles para el diálogo - N.º 1 - Caracas - 1988)

carabelas, terminan por saquear ese paraíso que los había impresionado en los primeros días. En el drama todos pierden. Sólo quedan esos perros vagabundos que andan por los caminos de América como esperando la recreación del jardín arruinado»⁹⁷

C.3 La función del escritor en Latinoamérica

«Los escritores latinoamericanos supieron crear un espacio propio, un lenguaje que conllevaba nuestros reales valores y aspiraciones. Que daba testimonio de nuestro dolor, nuestra alegría y esperanza. En el silencio espeso de la cultura de dependencia, se mantiene ese sutil hilo de plata»⁹⁸

Para Posse, el escritor latinoamericano ha sido el primero en concretar el improrrogable programa de continentalidad de Simón Bolívar. Poseedores de un idioma siempre abierto, en ese imperio espiritual que es Latinoamérica, los escritores son los nuevos latinos. Ellos enriquecen el idioma por las dos corrientes: la clásica-maravillosa española y la absolutamente fantástica y revitalizadora de América. De todos modos, en Latinoamérica el escritor habita un solo continente verbal que tiene una gran importancia mundial, que está creando literatura que ocupa un espacio de primer orden en la literatura universal.

El escritor en Latinoamérica, al escribir novela histórica, redescubre la realidad de los hechos, y recupera los verdaderos mitos sumergidos. «Habitamos en un continente de dioses sepultados, y el artista es el buscador de esos dioses, los del futuro y los del ayer sepultado»⁹⁹

«Tal vez en mí, como en otros escritores, la obra se fue haciendo como un exorcismo, con la secreta esperanza de que tal vez al hombre le sea dado poder quebrar esa fatalidad del nietzscheano «eterno retorno de lo siempre-mismo»»¹⁰⁰

Ahora bien, ¿cómo contribuye Abel Posse a apuntalar ese ideal de continentalidad bolivariano que, él mismo afirma, encarnan los escritores de Latinoamérica? ¿Es dable traducir a través de la feroz iconoclasia que pasea a lo largo de toda la novela, un aporte concreto a esa unidad tan necesitada y todavía por nacer?

Creemos que la clave se encuentra en el intento. Un lenguaje brutal, encarnizadamente desacralizador y un desasosiego sin fisuras, no son más que las vestiduras de un profundo dolor que como americano, siente Posse, es la única respuesta posible para un presente de dependencia, fruto de un pasado de paraísos robados.

⁹⁷ POSSE, Abel. «Pero no han podido con nuestra alma» (en

⁹⁸ POSSE, Abel. Entrevista personal. Bs.As., Octubre 1988

⁹⁹ POSSE, Abel. Entrevista personal. Bs.As., Octubre 1988

¹⁰⁰ POSSE, Abel. «Conversación con Abel Posse» (en *Papeles para el diálogo* - N.º 1 - Caracas - 1988)

El bucear en ese origen de paraísos perdidos, señalando furiosamente los errores y a sus culpables, no es más que un intento, válido al fin, por develar el en sí de la identidad latinoamericana. Despertar la conciencia crítica, despojando nuestra versión del pasado de todas aquellas improntas que, por externas, corroen en su base la hombridad de Latinoamérica, es, creemos, su fin último.

A su manera, con un personalísimo y no siempre fácil lenguaje, el grito de alerta de Abel Posse resuena conmoviendo en sus cimientos mismos un mundo y una vida que debemos poseer, de una vez por todas, en la noche oscura y difícil de la historia. Sólo así, cree Abel Posse, podremos engendrar el magnífico y rotundo hombre americano.-

Viviana Patiño Correa
Universidad de Cuyo
Mendoza (Argentina)